

ni lo admirado que me quedé cuando conducido por el maestro Diego á las cocinas, se me presentó á la vista el aparato de la cena. Conté hasta quince personas empleadas en ella; mas no pude contar la variedad de exquisitos platos que se me ofrecieron á la vista. Entonces fué cuando conocí por la primera vez lo que era sensualidad, recibiendo á nariz llena el olor de tantas delicadísimas viandas que jamas habia probado. Tuve la honra de cenar y dormir con los galopines de cocina, todos los cuales quedaron tan prendados de mí, que cuando á la mañana siguiente fui á dar gracias al maestro Diego por el favor que me habia hecho en recogerme con tanta generosidad la noche anterior, me dijo:—Mis mozos de cocina te han tomado tanto cariño, que todos á una voz me han asegurado se alegrarian de tenerte por camarada. Dime ahora con toda franqueza si gustarias ser su compañero. Yo le respondí que si lograra tal fortuna, me tendria por el hombre mas feliz del mundo. Siendo eso así, amigo mio, me dijo, desde este mismo punto te puedes contar por criado de la casa arzobispal; y diciendo esto me llevó al cuarto del mayordomo, el cual, observando mi despejo, me juzgó digno de ser admitido entre los marmitones.

Al instante que tomé posesion de tan decoroso empleo, el maestro Diego, que seguia la antigua costumbre de los cocineros de las casas grandes, conviene á saber, de enviar todos los dias varios platos á sus queriditas, me eligió para enviar á cierta dama de la vecindad, ya trozos de ternera, y ya aves y cacería. Era la buena señora una viuda de treinta años á lo mas, muy linda y vivaracha, y que tenia todas las trazas de no ser del todo fiel á su generoso cocinero. Este no contento con proveerla de pan, carne, tocino y aceite, la abastacia tambien de vino; y todo esto ya se entiende, á costa del Señor Arzobispo.

En el palacio de su ilustrísima acabé de perfeccionarme en mis mañas pegando un chasco de que todavia hay y habrá por largo tiempo en Sevilla gran memoria. Los pages y otros familiares pensaron en representar una comedia para celebrar los dias del amo. Escogieron la de *Los Benavides*; y como era menester un muchacho de mi edad que hiciese el papel del rey niño de Leon, echaron mano de mí. El mayordomo, que se preciaba de saber representar, tomó de su cuenta el ensayarme, y con efecto me dió algunas lecciones, asegurando á todos que no seria, yo el que me portase peor. Como la funcion la costeaba el Arzobispo, no se perdonó gasto alguno para que fuese lucida. Armóse en un salon un soberbio teatro, adornado con el mejor gusto, en uno de cuyos lados se dispuso un lecho de céspedes, donde debia yo fingirme dormido cuando viniesen los moros á asaltarme para llevarme prisionero. Luego que todos los actores estuvieron ensayados, el Arzobispo señaló dia para la fun-

cion, convidando á todas las damas y principales caballeros de la ciudad.

Llegada la hora de la comedia, cada actor se vistió del traje que le correspondia. Por lo que toca al mio, el sastre me le presentó acompañado del mayordomo, que, habiendo tenido el trabajo de ensayarme, quiso tener tambien la paciencia de verme vestir. Trájome el sastre un ropage talar de rico terciopelo azul, todo guarnecido de galones y botones de oro, y con mangas largas adornadas con flecos del mismo metal. El propio mayordomo me puso en la cabeza por su mano una corona de carton dorado, sembrada de muchas perlas finas, mezcladas con algunos diamantes falsos. Pusiéronme una faja de seda de color de rosa, recamada toda de flores de plata, y cuyos remates eran dos graciosas borlas de hilo de oro. Á cada cosa de estas que me ponian, se me figuraba que me estaban dando alas para volar y escaparme. Comenzó en fin la comedia al anochecer: yo abrí la escena con una relacion, la cual concluia diciendo que, no pudiendo resistir á las dulzuras del sueño, iba á entregarme á él. Con efecto, me metí entre bastidores, y me recosté en el lecho de céspedes que me estaba preparado; pero en lugar de dormir, me puse solo á pensar de qué modo podria salir á la calle y escaparme con mis vestiduras reales. Una escalerilla oculta, por la cual se bajaba desde el teatro al salon, me pareció á propósito para la ejecucion de mi designio. Levantéme de la cama con mucho tiento, y viendo que nadie me observaba, me escurrí por dicha escalerilla al salon, á cuya puerta pude llegar diciendo: *á un lado, á un lado, que voy á mudar de traje*. Todos se pusieron en fila para dejarme pasar, de manera que en menos de dos minutos salí libremente del palacio á favor de la oscuridad, y me fui á casa de mi amigo el valenton.

Quedóse parado de verme en aquel traje; contéle el caso, que le hizo reir hasta mas no poder. Abrazóme con tanto mas regocijo cuanto se lisongeaba de tener parte en los despojos del rey de Leon: me felicitó por haber dado un golpe tan diestro, y me dijo que si los progresos correspondian á los principios, haria yo con el tiempo gran ruido en el mundo por mi talento. Despues que nos alegramos y divertimos largamente los dos, celebrando mi grande hazaña, pregunté yo á mi jaqueton: —*¿Y qué hemos de hacer ahora de estos ricos vestidos?*—Eso no te dé cuidado, me respondió; conozco á un prendero muy hombre de bien, el cual compra toda la ropa que le llevan á vender, sin andar con preguntas, una vez que le tenga cuenta el comprarla. Mañana le buscaré y le traeré aqui.

En efecto, al dia siguiente muy de mañana se levantó, dejándome en la cama, y dos horas despues volvió con el prendero, el cual traia un lio

cubierto con tela amarilla.—Amigo, me dijo, aquí te presento al Señor Ibañes de Segovia, hombre de la mayor integridad, á pesar del mal ejemplo que le dan los de su oficio. Él te dirá lo que vale en conciencia el vestido de que te quieres deshacer, y puedes fiarte ciegamente en lo que él te dijere.—En cuanto á eso, dijo el prendero, me tendria por el hombre mas ruin y miserable del mundo si tasara una cosa en menos de lo que vale. Hasta ahora, gracias á Dios, ninguno ha tachado de esto á Ibañes de Segovia. Veamos, añadió, esa ropa que vd. quiere vender, y le diré en conciencia lo que vale.—Aquí está, dijo el valenton poniéndosela delante: no me negará vd. que nada hay mas magnífico: observe vd. la hermosura de este terciopelo de Génova, y lo esquisito de su guarnicion.—Verdamente que me encanta, respondió el prendero despues de haber ecsaminado el vestido con la mayor atencion; es de lo que no he visto en mi vida.—¿Y qué juicio hace vd., le preguntó mi amigo, de las perlas que adornan esta corona?—Si fueran redondas, respondió Ibañez, no tendrian precio; pero tales cuales son me parecen bellísimas, y me gustan tanto como lo demas. No puedo menos de decir lo que siento: otro prendero estafador en mi lugar aparentaria despreciar la mercancía para adquirirla á bajo precio, y no se avergonzaria de ofrecer por ella veinte doblones; pero yo, que tengo conciencia, ofrezco cuarenta.

Aun cuando Ibañez hubiera ofrecido ciento, no hubiera sido un apreciador muy justificado, pues que solamente las perlas valian mas de doscientos; pero el valenton, que se entendia con él, me dijo:—Mira la fortuna que has tenido en tropezar con un hombre tan timorato. El Señor Ibañez aprecia las cosas como si estuviera en el artículo de la muerte.—Así es, respondió el prendero, y por eso no hay que andar regateando conmigo ni por un solo maravedí; en cuyo supuesto este me parece ya negocio concluido: voy á dar el dinero.—Espere vd., le replicó el valenton; antes de eso es menester que mi amiguito se pruebe el vestido que le dije á vd. trajese para él, y mucho me engañaré si no le viene pintado. Desenvolvió entónces el lio el prendero, y me presentó una ropilla y unos calzones de buen paño musgo, con botones de plata, todo medio usado. Me levanté para probarme el vestido, y aunque me venia muy ancho y muy largo, les pareció á los dos compinches haberse hecho á propósito para mí. Ibañez lo tasó en diez doblones, y como nada se habia de replicar á lo que decia, me fué preciso pasar por ello: de manera que sacó treinta doblones del bolsillo, los dejó sobre una mesa, hizo un envoltorio de mis vestiduras reales y de mi corona, y se lo llevó.

Luego que se marchó, me dijo el valenton:—Estoy muy satisfecho



de este prendero. Tenia razon para estarlo, porque puedo asegurar que le sacó por lo menos cien doblones de beneficio. Sin embargo, no se contentó con esto; tomó sin ceremonia la mitad del dinero que habia sobre la mesa, y me dejó lo restante, diciéndome:—Mi querido Escipion, te aconsejo que con esos quince doblones que te quedan, salgas al momento de esta ciudad, en donde puedes considerar las diligencias que se harán para buscarte de órden del Señor Arzobispo. Tendria yo el mayor sentimiento si, despues de la heróica accion que has hecho para inmortalizar tu nombre, te espusieras neciamente á ser encerrado en una prision. Respondíle que ya estaba resuelto á alejarme cuanto antes de Sevilla; y con efecto, habiendo comprado un sombrero y algunas camisas, salí de la ciudad, y caminando por la espaciosa y amena campiña que entre viñas y olivares conduce á la antigua ciudad de Carmona, en tres dias llegué á Córdoba.

Alojéme en un meson á la entrada de la plaza mayor donde viven los mercaderes. Vendíme por un hijo de familia, natural de Toledo, que viajaba únicamente por mi gusto: mi trage era bastante decente para hacerlo creer; y algunos doblones que de propósito saqué delante del posadero, le acabaron de persuadir, si ya en vista de mis pocos años no me tuvo por algun muchacho travieso que se habia escapado de casa de sus padres despues de haberles robado. Como quiera que fuese, él no se mostró muy deseoso de saber mas de lo que yo le decia, quizá por temor de que su curiosidad no me obligase á mudar de posada. Por seis reales diarios se daba buen trato en esta casa, donde comunmente habia gran concurrencia de gentes. Conté por la noche á la cena hasta doce personas de mesa, y lo mejor que habia era que todos comian sin hablar palabra, escepto uno que, hablando sin cesar á diestro y siniestro, recompensaba bien con su charlatanería el silencio de los demas. Preciábase de agudo y de gracioso, contando cuentos y embanastando chistes para divertirnos, los que alguna vez nos hacian reir á carcajadas, menos en verdad por celebrar sus ocurrencias que por burlarnos de ellas.

Yo por mí hacia tan poco caso de todo lo que charlaba aquel estafalarío, que me hubiera levantado de la mesa sin poder dar razon de nada de cuanto habia hablado, á no haberse metido él mismo en una conversacion que me importaba.—Señores, exclamó al fin de la cena: les reservo á ustedes para postre un gracioso chasco que los dias pasados dió un pícaro de muchacho en el palacio del Arzobispo de Sevilla. Contómelo cierto bachiller amigo mio, que se halló presente. Sobresaltáronme un poco estas palabras, no dudando que el lance que iba á contar era el mio, y con efecto no me engañé. Refirió el tal sugeto el pasage con to-

da esactitud, y aun me hizo saber lo que yo ignoraba, es decir, lo ocurrido en el salon despues de mi fuga, que fué lo que voy á referir á ustedes.

Apenas me escapé, cuando los moros, que segun el órden de la comedia que se representaba, debian apoderarse de mí, aparecieron en la escena con el designio de venir á sorprenderme en la cama de césped en que me creian dormido; pero cuando quisieron echarse sobre el rey de Leon, se quedaron sumamente atónitos de no encontrar ni rey ni roque. Paró la comedia, agitáronse todos los actores; unos me llaman, otros me buscan; este grita, y aquel me da á todos los diablos. El Arzobispo, que oyó la bulla y confusion que habia detras del teatro, preguntó la causa. Á la voz del prelado, un page que hacia de gracioso en la comedia, salió y dijo:—No tema ya su ilustrísima que los moros hagan prisionero al rey de Leon, porque acaba de ponerse en salvo con sus vestiduras reales.—¡Bendito sea Dios! exclamó el Arzobispo: ha hecho muy bien en huir de los enemigos de nuestra religion, librándose de las cadenas que le preparaban. Sin duda se habrá vuelto á Leon, capital de su reino; y deseo que haya llegado con toda felicidad. Por lo demas, mando sériamente que ninguno vaya en su seguimiento: sentiria mucho que su magestad tuviese que padecer la menor desazon por parte mia. Luego que dijo esto, dió órden de que se leyese en alta voz mi papel, y se acabase la comedia.

